

La asfixia de Rodrigo Lira

Aunque sus textos irreverentes y poco convencionales son apenas conocidos, su figura y tragedia destacan en el firmamento de la poesía chilena contemporánea.

RENATO CASTELLI

Con la edición del documental "Topología (en video) del pobre topo", surgen luces nuevas sobre Rodrigo Lira, una de las voces más originales en la poesía chilena contemporánea y cuya obra permanece todavía en penumbras. Todo lo que queda para el gran público es el mote infame de "poeta maldito", producto de una existencia trágica y de su suicidio el 26 de diciembre de 1981, en el día de su cumpleaños número 32.

El video, dirigido por Hernán Dinamarca y editado por Lom, recopila imágenes que forman parte ya de un mito en la escena cultural nacional, como su actuación, poco antes de su muerte, en el programa "Cuánto vale el show", recitando parlamentos de Shakespeare, frente a un jurado desconcertado y un animador aún más confundido. "Lira se reía de la televisión, pero él buscaba canales de difusión en un momento que era asfixiante y con muchas dificultades para editar", recuerda Roberto Merino, uno de los pocos amigos que tuvo Lira en vida y que a su muerte se multiplicaron.

Su aparición en la televisión fue un verdadero testamento, opina Hernán Dinamarca, en el que volcó versos desesperados y una aparición que redondeó las performances que Lira acostumbraba a desarrollar en el Pedagógico y en otros cen-



tros culturales. Coronado por un sombrero de guerra japonés, antiguamente perteneciente a Violeta Parra, Lira declamó Otello con exageración stanislavskiana, decidido a trascender: "Mis negros pensamientos, con pasos airados, no volverán al dulce amor hasta que una venganza dura y plena no los engulla".

Pistas de vida

En el ánimo del documentalista, el video -finan-



Dibujo de Lira que adorna la portada de su libro póstumo

ciado por Fundación Andes y Minera La Escondida- cumple el deseo de Lira de ver su obra plasmada audiovisualmente. "Él dejó muchas pistas de su obra, textos, fotografías, imágenes y cintas grabadas con sus declamaciones, como esperando que se armaran posteriormente", dice Dinamarca.

Tras pasar algunas crisis de ánimo profundas en su adolescencia, Lira fue diagnosticado clínicamente con esquizofrenia. Su madre recuerda en el documental que con la constatación de la patología, el muchacho se sintió "con luz verde para hacer cualquier cosa". Así, Lira emprendió un recorrido anárquico por carreras, trabajos, y pasiones, que redundaron en más problemas familiares y también en una tremenda erudición.

El escritor Enríque Lihn sintetizaría en el prólogo de "Proyecto de obras completas", única edición oficial póstuma de Lira, la definición que hacía el poeta de sus males: "Sus problemas de carácter eran el resultado de su frustración erótico sentimental".

La esquizofrenia, su ego superlativo y a la vez dañado por lo que entendía como incompreensión del medio literario tradicional y por sus complejas relaciones con las mujeres (en que se mezclaba la seducción con el espanto), se conjuraron en una cada vez más complicada relación con el medio. "Para Rodrigo, la enfermedad fue un obstáculo para la creación. Era un tipo muy inteligente que se extremaba más de la cuenta en el análisis de la realidad cotidiana", afirma Roberto Merino.

En los años que siguieron a 1978, Lira se lanzó de cabeza en una búsqueda obsesiva de un lenguaje poético a veces hilarante, a veces anárquico, emanado a borbotones y que se expresaba contundentemente en formas heredadas del happening, que sacaba a la poesía de su formato tradicional. Lihn escribió que el texto de Lira es hiperliterario, "una parodia de la literatura, apóético o poético a contrapelo. Es el

balance de una quiebra, el inven-

tario de una posibilidad que incluye, ciertamente, la cosa política como una actividad del lenguaje”.

Sus poemas, en que abundaban interjecciones, sarcasmos varios y constantes citas al habla cotidiana, que alcanzaban mayor brillo cuando eran voceados por Lira en un recital poético, tenían un efecto dispar en la concurrencia, en la que dominaba la carga del texto y la imagen nerudiana. Lo de Lira, más cercano al juego lingüístico de Parra que a la épica nerudiana, sumado a su difícil personalidad, le granjeaba tantos detractores como seguidores.

Espesor existencial

Merino cree que Lira ocupa un lugar aislado en la poesía chilena, en una obra que implica un trabajo extremo con la literatura para crear una obra cargada de espesor existencial. “Es una escritura exacerbada que funciona con la abstracción de un sujeto que vive momentos de tensión”, dice el escritor, que agrega que el texto de Lira “no es una confesión ni un desborde de expresividad, sino que una mirada a la realidad en que una valiosa distancia salva al sujeto de su desesperación”.

La imagen de Lira era peculiar. Usaba alternativamente frondosas patillas, barba o bigotes, con unos enormes lentes ópticos casi definitorios de su personalidad erudita y un jockey que le daba aire de señor. En un texto de niñez ya mostraba una mirada en que se mezclaban irreverencia e inocencia, sin que el ocasional lector pudiera distinguir la verdadera intencionalidad del autor: relataba que cuando más chico le decían el “guatón Lira”, pero que más tarde algunos compañeros le apodaron, quizá con qué fin, “mister pico”. Cuando se lo dijo a su mamá, ella le dijo que esa era una palabra bastante fea.

Ya mayor, sólo faltando dos meses para su muerte, le tocó redactar un currículo para responder a un aviso de trabajo aparecido en el diario y no dudó

Un par de ejemplos

La advertencia (extracto)



Por

Advierto

que no soy un sicótico
me dicen “loco” pero a los
que me dicen “loco”
otros a su vez les dicen

“loco”
tal como se dice “flaco”
-a veces me dicen “flaco”
y un flaco reflaco me dice
“gordo”

Pero a Vd. y U.S. advierto
que, en verdad,
no soy un LOCO
a pesar de las etiquetas
vulgarmente llamadas
diagnósticos
que me han aplicado
especialistas, y de los
destacados

humedeciendo la goma de
las etiquetas
con esponjas plásticas
las manos enguantadas en
látex

Paradigma- o expectoramiento (extracto)

Por quién sabe dónde, por ende, por quién sabe cuándo
por los mil demonios

por las cuatro esquinas, por causa
de muerte, por lluvia, por quiebra

Porque yo te quiero -porque te he olvidado-

por los siete mares, por las puras huevas

por las malas o por las buenas

por el cielo inmenso, por entre las piernas

por detrás y por delante, por el candidato

por la derecha, por la izquierda o por el centro mismo

por la letra ene (por quién sabe cuánto)

por sí mismo (o al cuadrado).

en escribir en tono farsesco que los “ingresos indispensables provienen de la benevolencia de los padres”. Su agobiada familia no entendía de qué iba Lira por la vida y ya entregado a las manos de la siquiatría, el estudiante había pasado por la dura prueba del electroshock, que no hizo mucho por mejorarlo sino que le borró varios meses de memoria y le aumentó su encono contra el mundo.

En el Pedagógico se había convertido en un ser con aura de loco y poeta, sobre el cual convergían las miradas cuando en asambleas interrumpía con preguntas tal vez de excesivo sentido común. Era un botánico experto y recorría los parques tocando las plantas, y describiendo y dibujando sus detalles morfológicos. Fue en esos tiempos, recuerda la anécdota Merino, que Lira tuvo la idea de emplear a los agentes y soplonos que circulaban en el recinto universitario en regar las plantas, para que aprovecharan el viaje. Le planteó la idea a un funcionario, que le miró desconcertado y le contestó: “Joven, no sé si

usted sabe que estamos en dictadura”.

Lira podía tener esquizofrenia, pero también tenía juicio sobre la realidad y una hiperlucidez, que se traducían en textos y actuaciones que le conectaban de modo íntimo a su generación arrinconada. Su ego le indicaba que su obra iba para grande, y que junto con Zurita (a quien le dedicó algún poema mordaz) compartiría la gloria de las letras nacionales, pero tras esa coraza se escondía una personalidad frágil, sufriente.

“Todo ese mito del poeta maldito deja una nebulosa sobre su obra, y su suicidio fue un gesto demasiado doloroso para su familia y sus amigos. No fue un acto heroico”, dice Merino, quien trató de disuadirlo sobre autoeliminarse cuando Lira lo planteó, una semana antes del 26 de diciembre. “Pero mis argumentos a los 18 años fueron pueriles”.

Tras ganar ocho mil 700 pesos en el programa del Canal 11, Lira se compró una bicicleta. Repartió sus pertenencias entre sus más cercanos y el sábado, a las 11.30, la misma hora de su nacimiento, se cortó las venas en su departamento de avenida Grecia.



Con José Donoso en una charla de la Agrupación Cultural Universitaria